



*La economía de montaña
en el Antiguo Régimen:
los equilibrios tradicionales
en el Pirineo aragonés*

José Ramón Moreno Fernández
Universidad de Zaragoza

ager • nº 2 • 2002

Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural
Journal of Depopulation and Rural Development Studies

Páginas: 43-80



José Ramón Moreno Fernández es profesor del Departamento de Estructura e Historia Económica y Economía Pública de la Universidad de Zaragoza
Dirección para correspondencia:
Escuela de Estudios Empresariales
Ronda de Misericordia, 1
22001. Huesca
Correo electrónico:
rmoreno@unizar.es

***La economía de montaña en el Antiguo Régimen:
los equilibrios tradicionales en el Pirineo aragonés***

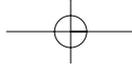
Resumen: En las próximas páginas se presenta una propuesta de marco teórico para la economía de montaña "tradicional" pirenaica, construida a partir de un repaso crítico de la historiografía. Para ello en primer lugar se describen los rasgos esenciales de los equilibrios tradicionales del Pirineo aragonés: sus condiciones ambientales, la dotación de recursos agrícolas y ganaderos, las alternativas industriales y comerciales. Unos elementos capaces de asegurar la supervivencia dotando a la economía local de un gran dinamismo. Seguidamente se subraya la importancia de los mecanismos institucionales que perseguían la estabilidad para defender el modo de vida montaños de los embates de la incertidumbre.

Palabras clave: Economía de montaña, economía preindustrial, historia de los Pirineos.

***The mountain economy in the Ancien Régime:
the maintenance of the traditional equilibrium in the Aragonese part of the Pyrenees***

Abstract: On the basis of a critical review of the limited amount of published information on this subject, this article aims to provide a theoretical view of the "traditional" mountain economy in the Pyrenees. It begins by describing the essential features that combined to maintain the traditional equilibrium in the Aragonese part of the Pyrenees; the environmental conditions, the available farming and livestock resources, the industrial or commercial alternatives. Features that ensured the survival of the community by greatly increasing the dynamism of the local economy. The article then highlights the importance of the institutional mechanisms that sought to provide the stability necessary to defend the way of life in the mountains against the blows of uncertainty.

Key words: Mountain economy, pre-industrial economy, history of the Pyrenees.



Para ver una cosa hay que comprenderla. El salvaje no puede percibir la biblia del misionero, el pasajero no ve el mismo cordaje que los hombres de a bordo. Si viéramos realmente el universo, tal vez lo entenderíamos.

J. L. Borges

Introducción

La montaña es un ecosistema omnipresente en el medio rural español. Como es sabido, España es uno de los países más montañosos de Europa occidental. Sería, pues, de esperar que la investigación sobre la montaña también fuera abundante. Geógrafos, etnógrafos y antropólogos de hecho se han ocupado de ello desde hace varias décadas, pero otras disciplinas, entre las que se encuentra la historia económica, han tenido menos sensibilidad. Hasta hace poco más de una década, el acercamiento a las economías rurales de la Edad Moderna no ha tenido en cuenta esta realidad. La propiedad de la tierra era la preocupación casi exclusiva, arrinconando el alcance que podían tener otros recursos disponibles, como la ganadería, los pastizales, los patrimonios forestales o la industria rural. La única excepción era la ganadería trashumante, que de todas formas atraía más el interés de los investigadores por su importancia económica que por su papel de mecanismo equilibrador entre diferentes medios naturales. En algunos casos, incluso, ni siquiera se manifestaba el mínimo interés en comprender los modos de funcionamiento y la lógica ambiental del fenómeno trashumante, bastaba con criticar su papel de freno a la agricultura. En fin, supuestamente se miraba el conjunto de la economía agraria, pero sólo se veían los campos de cultivo. Así que cuando se miraba hacia la montaña, no se veía nada en absoluto, toda vez que la agricultura desempeñaba en ella un papel secundario. En compensación, los pastos, la industria, el comercio y la extracción y transformación de los productos

forestales, actividades poco frecuentadas por la historia rural, constituían la parte fundamental de su horizonte económico. Dado que en el conjunto español los Pirineos son la montaña más evidente, nos encontramos ante uno de los mejores contextos para estudiar la economía montañosa desde uno de los laboratorios empíricos más apropiados.

Este trabajo, que no pasa de ser una primera aproximación a la economía moderna de los Pirineos, tiene dos fines complementarios. En las próximas páginas se va a presentar un balance de lo que sabemos acerca de la economía de montaña "tradicional" pirenaica. Como pronto se verá, es mucho más lo que ignoramos, de manera que, al mismo tiempo, iré comparando con otros casos mejor conocidos y señalando las vías de investigación que en el futuro podrían ir resolviendo algunas dudas. Estos dos objetivos se mezclan en los tres apartados siguientes. En el primero se realiza una breve revisión crítica de las líneas de investigación más importantes en relación con los aspectos "tradicionales" de la economía pirenaica. A continuación, se describen los rasgos esenciales de lo que aquí se ha definido, con alguna imprecisión, como los equilibrios tradicionales del Pirineo aragonés. Para ello, se subrayan tanto las dotaciones de recursos y las alternativas económicas (segunda parte), como los marcos institucionales (tercera parte) y las relaciones de fuerzas que articulaban y organizaban los aspectos económicos dotándoles de una lógica social.

La visión tradicional de la economía de montaña

Si hubiera que hacer un balance rápido de las investigaciones sobre la economía de montaña en el pasado preindustrial habría que empezar por reconocer, como se hacía más arriba, que casi todo lo conocido lo debemos a geógrafos y etnógrafos. Su trabajo, en comparación con el de historiadores, economistas o historiadores económicos, ha sido ingente. Hasta hace muy poco tiempo, de hecho, han sido los únicos que se han ocupado de la montaña. Las ciencias sociales en su conjunto han dado la espalda a estos territorios. No es extraño, dado que desde entrado el siglo XIX y sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, la montaña ha mostrado su cara más vulnerable. Vistas desde las ciudades y desde los grandes pueblos agrarios o industriales, las zonas altas parecían un entorno marginal en continua decadencia y destinado a una despoblación definitiva e irreversible. En esta perspectiva, la montaña carecía de interés en sí misma, y sólo era capaz de llamar la atención por dos de sus atributos: a los

ojos de los nostálgicos de una sociedad tradicional poco menos que incorrupta, se había convertido en algo parecido a una "reserva etnográfica"¹ y seguía siendo, sin duda, una formidable reserva natural.

Los etnógrafos vieron unas áreas de montaña refractarias a los rápidos cambios de las comarcas económicamente avanzadas y supusieron, no sin algún fundamento, que allí podrían encontrar, más o menos intactos, los componentes básicos de las viejas sociedades agrarias que habían precedido a las transformaciones introducidas por el proceso de industrialización. Así, desde hace muchas décadas, un buen número de especialistas, como Krüger o Violant Simorra en los Pirineos, dedicaron sus esfuerzos, desde ópticas culturalistas y con intereses muy diversos, a acarrear materiales capaces de describir la vida, los usos, las costumbres, las creencias y las tradiciones de estas áreas².

Desde la geografía, en fechas algo más recientes, y bajo el influjo de la corriente que, procedente de Francia, invitaba a realizar trabajos de síntesis en ámbitos regionales, también se han producido estudios interesantes. Fue en la década de los setenta cuando se produjo la cosecha más significativa³. Desde entonces, no se puede decir que haya habido una continuidad sin altibajos en todos los casos, pero sí es cierto que, en lo que se refiere a los Pirineos, el interés por la montaña se ha prolongado hasta el presente, guiado por instituciones como el Instituto Pirenaico de Ecología de Jaca.

Sin embargo, estas aportaciones, aun siendo valiosas, no despejan todas las dudas. Todavía queda mucho por hacer. En general, tanto unos como otros tienden a descuidar las explicaciones históricas y gustan de englobar bajo el epígrafe de "economía tradicional" a toda la economía montañesa desde la noche de los tiempos hasta la despoblación definitiva de la montaña⁴. El trabajo de Violant Simorra, por ejemplo, va acompañado por un prefacio que no deja lugar a dudas:

Nuestro Pirineo constituye una cantera inapreciable, abierta a los estudiosos: geólogos, geógrafos, arqueólogos, historiadores, etnólogos, etnógrafos,

- 1• Domínguez Martín (1995).
- 2• Krüger ([1939] 1995) y Violant Simorra ([1949] 1997), cuyo título queda glosado en esta enumeración.
- 3• Contamos con buenos ejemplos para los Pirineos, Daumas (1976) y García Ruiz (1976); para la montaña de Burgos, Ortega Valcárcel (1974); o, para La Rioja, Calvo Palacios (1977).
- 4• Que no se vea en esta afirmación un juicio inapelable contra ambas disciplinas, entre otras razones, porque tienen fines y métodos propios, que no coinciden con los de los historiadores. Además estas visiones poco respetuosas con la historia, aunque abundantes, no son las únicas entre geógrafos y etnógrafos, y hay valiosos ejemplos de planteamientos muy diversos como se irá viendo.

lingüistas, folkloristas, etc. En ella pueden completar sus conocimientos con datos valiosísimos e inéditos, ya que los valles pirenaicos, hasta hace muy poco faltos de fáciles vías de comunicación con la tierra baja, han conservado casi intacto su modo de vivir ancestral y su cultura remotísima.

Pero la introducción del capitalismo, un siglo antes de que Violant Simorra se acercara a esa "cultura remotísima", había producido una ruptura irreversible con los modos de vida precapitalistas. Ese modo de vivir "ancestral" había atravesado diversas etapas y hubo de adaptarse a cambios de mucha importancia. Por eso no estará de más aclarar de qué modo entiendo el término "tradicional", que se propone en el título de este trabajo y que no envuelve toda la historia económica de la montaña, desde el paleolítico hasta casi el presente. Aquí el concepto tradicional no se refiere sólo a la economía de montaña, sino al entorno económico agrario del Antiguo Régimen. En otras palabras, sólo puede haber economías tradicionales en una atmósfera tradicional. Por lo tanto, considero tradicional sólo a la economía de montaña existente en época preindustrial, cuando el conjunto de la economía estaba determinado por lo agrario⁵. Cuando el contexto cambia cualquier sistema económico está obligado a transformarse. A partir de las décadas de 1830/40 las montañas españolas se enfrentaron a condiciones nuevas. Ya no se trataba de sociedades económicamente diversificadas en un mundo agrario, sino de sociedades en proceso de ruralización dentro de un contexto que se industrializaba. Si en el Antiguo Régimen la montaña mostraba un dinamismo que sólo los puertos y algunas ciudades eran capaces de superar, si había sido centro de producción *industrial* y de organización de intercambios, si era escuela de hombres de negocios que luego aportarían su preparación en las industrias y las finanzas modernas, todo ello se evaporó cuando la industrialización, acentuada en las ciudades y los llanos, alteró el mundo precapitalista.

Desde la historia poco se puede añadir⁶. Se han trabajado algunas cuestiones institucionales –en especial el régimen de heredero único y la organización del espacio a través del funcionamiento de la trashumancia y de las célebres facerías, los pac-

- 5• Hay, por supuesto, otras acepciones muy razonables, como la que reserva el calificativo a la agricultura de base orgánica en contraposición a los agroecosistemas "modernos", que se basan en el uso de energías de origen fósil; Naredo (2001: 57-62). Pero aquí no se va a hablar sólo de agricultura, sino de una compleja combinación de actividades económicas.
- 6• Para comprobar la penuria historiográfica, especialmente grave en el caso aragonés, basta echar un vistazo al balance que hacían Fernández Clemente y Pérez Sarrión (1985), donde se denuncia la ausencia de estudios sobre la ganadería, sobre la industria o sobre el comercio del siglo XVIII aragonés.

tos de utilización compartida sobre pastizales—, y se ha analizado con algún detalle la crisis de la montaña durante el siglo XIX, pero en general no hay trabajos sólidos sobre la evolución histórica de las montañas preindustriales, ya del Pirineo, una carencia más sensible todavía en el caso aragonés que en el catalán o en el navarro, ya de cualquier otra.

Lo mismo cabe decir de la historia económica. Los historiadores económicos nos hemos desentendido de la montaña hasta hace nada. En los setenta estaba todo por hacer y era prioritario presentar explicaciones razonables, inspiradas en experiencias mejor conocidas, como la británica o la francesa, sobre los orígenes de nuestro crecimiento económico, leído en muchas ocasiones en clave de atraso. Con esos objetivos quedaba poco espacio para las “ramas podadas” de la historia, es decir, para los intentos de crecer que no cuajaron y para las áreas en retroceso. Hoy, sin embargo, propuestas las explicaciones generales, nos vamos dando cuenta de que faltan mucho por hacer. Y no se trata de cabos sueltos o de simples lagunas por rellenar, sino de aspectos esenciales en nuestra comprensión del pasado y del cambio económico y social.

Ahora bien, para ser justos, hay que reconocer que la historia agraria ha procedido en la última década a revisar con perspectiva crítica muchos de los supuestos que se consideraban sólidos⁷. Las novedades son muchas y de distinto calado, pero lo que nos interesa en este momento es la revitalización de la investigación sobre las montañas. Se han producido un buen número de trabajos al calor del Seminario de Historia Agraria y, más en concreto, con ocasión de los análisis que desde principios de los noventa se centraron en el estudio de los montes públicos españoles, de su significado para los distintos sistemas agrarios, de su importancia como una pieza más de los delicados equilibrios rurales y de los mecanismos que hicieron posible su supervivencia en forma de patrimonios públicos y el mantenimiento del control de las comunidades rurales con distintos grados de intervención exterior⁸. Desde luego, el monte y la montaña no son lo mismo, pero sí es cierto que la mayoría de los montes se enclavaban en áreas de montaña y que aquellos que mejor resistieron el embate de la ola privatizadora liberal fueron los situados en las zonas más inaccesibles y con peores alternativas de aprovechamiento agrícola. Así pues, el mejor conocimiento de la montaña ha venido de la mano de la investigación en historia forestal. A lo que hay que sumar la poderosa irrup-

7• Algunas revisiones recientes en Erdozáin (2000), Millán (2000), Gallego (2001) y Pujol y Fernández (2001); una recopilación de los resultados globales en Pujol, González de Molina, Fernández, Gallego y Garrabou (2001).

8• Tres buenos balances sobre esto en Balboa (1999), GEHR (2002) e Iriarte (2002).

ción de una nueva corriente interesada en los aspectos ecológicos del cambio económico. Las perspectivas *ecohistóricas*, en origen agraristas, atesoran una evidente capacidad para impulsar nuevos enfoques⁹. Estas investigaciones y otras procedentes de campos adyacentes, han elaborado perspectivas originales, novedosas y sugerentes acerca del funcionamiento de las comunidades campesinas, argumentando, por ejemplo, que la ideas esencialistas acerca del campesinado se desmienten con mucha facilidad, puesto que podemos encontrar distintos sistemas agrarios y diferentes respuestas colectivas en función de aspectos tales como la estructura social, la proximidad a los mercados, la dotación técnica o el entorno natural¹⁰.

En este contexto, el estudio de las zonas altas ha contado con recursos analíticos y con inspiración teórica para liberarse de las interpretaciones clásicas, inexactas y plagadas de mecánicos tópicos hereditarios. Uno de los más perjudiciales tal vez sea la proyección hacia el pasado de una imagen de marginalidad. La montaña ha sido durante todo el siglo XX un mundo vacío desde una óptica demográfica y arcaico desde una perspectiva económica, pero sería una necedad pensar que también lo fue doscientos años atrás. En el apartado siguiente, se describirán las bases estructurales del funcionamiento económico de los Pirineos. En un escenario económico abrumadoramente agrario, si no agrícola, como corresponde a la época preindustrial, los Pirineos, al igual que muchas montañas europeas, destacaban por la importancia de su ganadería y por la difusión de su industria. La economía pirenaica, por tanto, se debe analizar desde la óptica de la diversidad económica y de la pluriactividad campesina, no como una economía preindustrial agraria convencional, ni, desde luego, como una economía agrícola¹¹.

Tras esta descripción, analizaré los componentes institucionales de la organización económica y social pirenaica. Una economía vivaz y abierta es también una economía sujeta a inestabilidad, incertidumbre y riesgos. Y esto obligaba a desarrollar instituciones sociales –estrategias de gestión de recursos, normas de comportamiento, códigos de organización económica– capaces de minimizar la inseguridad. La búsqueda de la estabilidad era una necesidad imperiosa en un entorno incierto cuya supervivencia dependía de los delicados equilibrios entre los recursos propios disponibles y los intercambios con el exterior. Para salvaguardar dichos equilibrios, los montañeses habían desarrollado mecanismos institucionales muy complejos. Aquí destacaremos cinco de

9• González de Molina (2000) y los trabajos recogidos en González de Molina y Martínez Alier (2001).

10• Fontana (1997).

11• Hace ahora cuarenta años, Vilar (1987: I, 134-135) ya señalaba que los Pirineos catalanes “no son sólo refugio” y que “incluso el “aislamiento” es una noción cambiante”; en el mismo sentido, geógrafos como García Ruiz (1976: 18-19) o González Bernáldez (1987: 14-15).

ellos: la omnipresencia de los patrimonios comunales, la autorregulación política con un alto grado de autonomía local, la importancia de una organización singular de la casa y de la familia –articulada mediante el régimen de heredero único–, la pluriactividad y, por último, las estrategias de relación con el mercado. No todos estos rasgos eran exclusivos de la montaña ni se daban cita en igual medida en todas las montañas. Se tratará, pues, en un espacio breve, de hacer un recorrido sumario por el estado de nuestros conocimientos sobre las economías pirenaicas utilizando como criterios explicativos los modelos elaborados para el análisis de zonas de montaña en época preindustrial y añadiendo los aspectos originales del Pirineo oscense.

Los equilibrios económicos en la montaña preindustrial

Como se ha dicho, las montañas, no han sido siempre áreas marginales, situadas lejos de los centros de decisión y en la periferia de los movimientos económicos principales. Hubo una época en la que se encontraban integradas en los flujos económicos más activos. En aquel tiempo, que duró varios siglos, los obstáculos para transportar hombres, mercancías y caudales por unas redes de comunicación inciertas eran salvados con dificultad pero también con naturalidad, hasta el punto de que había enclaves montañosos mejor y más puntualmente conectados con el resto del mundo que algunos pueblos agrícolas de llanura con caminos excelentes pero con menos estímulos para transitarlos¹².

Condiciones ecológicas y respuestas sociales

La economía de montaña está sujeta a determinados condicionantes naturales, no todos adversos. Desde el lado de los problemas es obvio que la montaña sufre

12• La ruptura se produjo, precisamente, con la entrada del capitalismo, que desarticuló las redes de los montañeses y los dejó desprotegidos frente a una mayor competencia de áreas mejor situadas en las nuevas corrientes económicas. Descripciones estilizadas de la crisis en que entraron las montañas aragonesas se pueden ver en Gallego, Germán y Pinilla (1992 y 1993), o en Pinilla (1995b); para Cantabria, Domínguez Martín (1995); para el marco global de las montañas del Mediterráneo, McNeill (1992: 223-236).

diversas desventajas para el desarrollo de la agricultura y de la ganadería: la altitud, la violencia de las pendientes, la climatología extrema y la cortedad de los ciclos vegetativos limitan las posibilidades agronómicas. Por otro lado, también hay dos ventajas que algunas zonas de llanura no disfrutaban: la abundancia de pastizales y la exuberancia energética en forma de disponibilidad de cursos de agua, de madera, de algunos minerales o de carbón vegetal¹³.

Esta configuración esquemática daba lugar en el pasado a dos consecuencias obvias: la insuficiencia agrícola y la necesidad de buscar alternativas económicas que hicieran viable la supervivencia. Los aprietos de la agricultura eran un problema universal de las montañas, pero esta desventaja, en una sociedad atenta a sus oportunidades, se resolvía en un trampolín dinámico que orientaba la actividad campesina hacia la diversificación económica, acentuando la vocación pecuaria y practicando diversos tipos de industria. Lo cual desencadenaba fuerzas que proyectaban la prosperidad de la montaña por encima de la del llano.

Comparaciones al margen, el enfoque más apropiado no es el de algún tipo de competencia entre llano y montaña, sino la complementariedad de recursos existente en uno y otra. Había complementariedad climática y de ciclos vegetativos¹⁴, de productos agrarios e industriales –en las llanuras agrícolas había granos, vino y aceite que se intercambiaban por el ganado, la carne, la lana o la madera montañeses–, de necesidades y de oferta de trabajo agrícola –el movimiento de jornaleros se apoyaba en los distintos tiempos de maduración de las cosechas–. Todas ellas se pueden analizar como resultado de las diferencias en la disponibilidad de energía orgánica. Los ecosistemas de montaña, ricos en pastos, maderas y cursos de agua, eran apropiados para un tipo de vida imposible en los llanos, y éstos, complementariamente, contaban con mejor dotación de recursos desde una óptica agrícola, pero no con una diversidad energética tan rica.

La disposición ambiental de las montañas entorpecía un aprovechamiento agrícola amplio, hasta el punto de prohibir cualquier hipotético deseo de autosuficiencia. La simple subsistencia obligaba a practicar actividades económicas susceptibles capaces de generar los ingresos necesarios para, mediante la importación de granos y otros alimen-

13• Aludiendo a una época más remota, Vilar (1987: I, 134) indicaría con exceso de cautela, cómo "madera, lana y hierro de los Pirineos podían tener entonces un papel económico no despreciable". Poco más adelante (I, 140-144), sin embargo, mostraría que, en efecto, la situación de los recursos energéticos era mucho más que "no despreciable".

14• Sobre la gran trashumancia castellana y su lógica ambiental, que coordina y resuelve los problemas de pastos mediante el traslado del ganado, contamos con el trabajo de Cabo Alonso (1998).

tos, enjugar el déficit alimentario. Algunas zonas altas, se aplicaron con énfasis al intercambio de mano de obra¹⁵; algunas practicaron distintas especializaciones ganaderas, acordes con la abundancia de praderas o pastizales; otras encontraron su mejor opción en el transporte y el comercio¹⁶; y otras pudieron manipular los recursos naturales a su alcance, desplegando iniciativas industriales en los sectores del carbón, del hierro, la madera, o la lana¹⁷. Aunque todas estas dedicaciones no eran excluyentes. Cualquier comarca, en mayor o menor medida, tenía que buscar una combinación apropiada de sus alternativas económicas. A partir de las dotaciones ambientales¹⁸, de los equilibrios sociales y de las instituciones políticas se configuraban horizontes productivos particulares con un rasgo común: en todos los casos se generaron modelos económicos que necesitaban estar integrados en el mercado y mantener múltiples contactos con otras áreas. Las montañas de Cantabria, por ejemplo, se ocuparon en la cría y venta de ganado vacuno y en el desplazamiento temporal de mano de obra masculina y femenina¹⁹. Los montañas de Soria desarrollaron, en algunas comarcas, una notable concentración de

- 15• Se trataba más de desplazamientos temporales que de emigración definitiva. Los itinerarios seguidos por los montañeses dibujaban el mapa de las rutas abiertas por el traslado del ganado, por la demanda de trabajo en otras comarcas o por las oportunidades comerciales. En Aragón, Salas (1981) y Moreno Almárcegui (1982). En España, Ortega Valcárcel (1974: 218-219), Lanza García (1988), Sarasúa (1994); en otras latitudes, Braudel ([1949] 1976: 63), Le Roy Ladurie (1975: 354), Woolf (1989: 70-71), Poitrineau (1994), Belfanti y Romani (1994). Hufton (1974: 69-106; 1989: 388-390) remarca la corriente continua de pobres desde los Pirineos, el Macizo Central y los Alpes hacia las llanuras; corriente que se repetía en todas las zonas montañosas europeas: Flinn (1989: 109-111), McNeill (1992: 109-110).
- 16• Con estrategias típicas de buhonero. Salían de la sierra con un producto y, a lo largo de sus rutas, vendían y compraban muchas mercancías diferentes. Así sucedía con los célebres arrieros maragatos (Rubio Pérez, 1995), con los trajinantes cameranos (Moreno Fernández, 2001) o con los negociantes de Calaf y Copons (Muset Pons, 1995 y 1999); una visión global en Ringrose (1987) y, más recientemente, en Vassberg (1996). Sobre los buhoneros de las montañas europeas Fontaine (1993 y 1999).
- 17• Basta observar los mapas de la distribución de manufacturas en 1784 para caer en la cuenta de la relevancia de las montañas en industrias como el textil del lino y de la lana o como la siderurgia de las ferrerías y martinets; Miguel López (1994 y 1999).
- 18• Que no eran idénticas en todas las zonas altas. Como afirma García Fernández (1991: 10-28), las montañas son un complejo ecológico que admite combinaciones "innúmeras" entre sus determinantes naturales: el relieve, el clima, la humedad, el viento y la compartimentación de la humedad. Este autor, dicho sea de paso, entiende la montaña como un paisaje no sólo geográfico, sino también económico y cultural, con características específicas (p. 9).
- 19• Los movimientos de población se destinaban con preferencia al trabajo agrícola o al servicio doméstico; Lanza García (1988), Eiras Roel (1994). En esta zona, además, se había generado una extraña especialización, que trasladaba a muchas pasiegas hasta Madrid. Se trata de las "nodrizas trashumantes" del valle del Pas estudiadas por Sarasúa (1994) y Domínguez Martín (1996: 89-92). Este último autor ha estudiado con mucho detenimiento las migraciones campesinas de toda la cornisa cantábrica española (1995: 104-121).

ganado trashumante, y en otras, una especialización en el transporte de mercancías mediante carretas²⁰. El sistema Ibérico, en su tramo riojano, presentaba una combinación de ganado trashumante y actividades textiles, sin excluir un floreciente comercio de paños y otras mercancías²¹. Muy similar era el modelo económico de las tierras altas turolenses, que se aplicaban con preferencia a la ganadería lanar y al textil²².

Hasta tal punto estas prácticas estaban extendidas que la montaña se debe definir como un sistema abierto, forzado a intercambiar energía con otras áreas, próximas o lejanas²³. Semejante dinamismo económico era viable sólo gracias a la vinculación que las montañas mantenían con los mercados y, en una óptica micro, gracias a la persistencia de las prácticas pluriactivas en la mayor parte de los hogares.

Y una precisión más: hablar de equilibrios suena a estabilidad, a ausencia de cambio. No falta quien interpreta la economía de montaña como si fuera una economía poco menos que cerrada, con poco contactos con el exterior y, por tanto, estable en sus formas. Pero no se trata de eso. Las economías de montaña, como economías abiertas que eran, estaban en contacto permanente con el exterior a través de los desplazamientos del ganado y de las intensas rutas comerciales, de modo que resultaban seriamente afectadas por continuos cambios, tanto exógenos como endógenos: desde una guerra hasta un aumento de la presión demográfica por la inmigración o por la dificultad para emigrar en determinados momentos. La inestabilidad era permanente²⁴. Precisamente por eso había una propensión institucional al equilibrio. Si concebimos modelos de funcionamiento fundados sobre la flexibilidad, con objetivos variables en función de la coyuntura y de las oportunidades, entonces podemos hablar de una tendencia al equilibrio a largo plazo en situaciones de permanente cambio, o, mejor todavía, de unas sociedades que buscan el equilibrio precisamente con la intención de afrontar las incertidumbres. Otra cosa es que fueran capaces de lograrlo de forma sistemática, algo que no siempre era posible.

El carácter esencial de una agricultura mezquina

En este terreno, pocos datos concretos se pueden manejar. La época preindustrial no fue muy fértil en informaciones estadísticas seriadadas y la exclusión de Aragón

20• Pérez Romero (1995).

21• Moreno Fernández (1999a y 2001).

22• Peiró Arroyo (2000).

23• Una justificación teórica de este planteamiento, desde la geografía, en García Ruiz (1990).

24• García Ruiz (1990), por ejemplo, ha hecho hincapié en la inestabilidad como uno de los rasgos ecológicos y económicos de la montaña.



de las operaciones que, en Castilla, condujeron a la elaboración del Catastro de Ensenada empeoró el problema. En consecuencia, aun hoy seguimos ignorando hasta cuál era la extensión ocupada por los cultivos agrícolas. Los únicos datos al alcance son apreciaciones cualitativas de contemporáneos como Asso. En sus palabras, referidas al partido de Jaca, “la escabrosidad del terreno y su grande altura presentan dos obstáculos difíciles de superar para los adelantamientos de la agricultura”, razón por la cual, “la agricultura de este país se halla reducida a algunos valles, donde el suelo retiene la tierra vegetal que las aguas arrastran de las eminencias”²⁵. Los límites ecológicos dejaban la agricultura confinada a unos pocos terrenos²⁶. Los fondos de valle y algunas laderas abancaladas con un esfuerzo humano considerable eran la única representación del sector agrícola²⁷.

A veces se ha hablado de una “agricultura diversificada para asegurar la auto-suficiencia”, pero en este contexto suena casi como un sarcasmo²⁸. La realidad era muy otra. Antes de la tardía penetración de la patata, los cultivos no se separaban de lo habitual en la época: el secano estaba dominado por el cereal, complementado con cultivos alternados de leguminosas (lentejas, habas, arvejas...), con pequeñas huertas

- 25• Asso ([1798] 1983: 25-26). Para completar la descripción, añadía: “entre los montes de Jaca hay muchos que, por lo perpendicular de su escarpe, o porque el impulso de las aguas arrastra de las faldas pendientes la tierra necesaria para la vegetación, no admiten en manera alguna los beneficios del cultivo, y en las espaciosas llanuras, que hay en la cumbre de algunos cerros, la rigidez del clima dejaría burlado cualquier afán del labrador”.
- 26• En 1860 nada menos que el 78 por 100 de toda la provincia de Huesca estaba ocupado por montes, dehesas y pastos (Pinilla, 1995a: 513). En otras zonas de montaña sí contamos con estimaciones para mediados del siglo XVIII: en el Valle de Mena (Cantabria) el cultivo no superaba el 12 por 100 del territorio, en las montañas asturianas el porcentaje era el 11,3 por 100, en las sierras riojanas oscilaba entre el 11 y el 19 por 100, y en el sexmo de Frentes (Tierra de Soria) sólo se cultivaba el 15,35 por 100 de su superficie. Los datos han sido extraídos de García Fernández (1975: 44 y 1976), Barreiro Mallón (1988: 37), Moreno Fernández (1997) y Pérez Romero (1995: 81). Casos como éstos sirven para apreciar en sus términos algunas afirmaciones como las del Grupo ‘75 (1977: 89), que terminaba por inferir, a partir de magnitudes agregadas, que Castilla presentaba “un paisaje agrario cuyos rasgos generales los constituían el predominio, en cuanto a superficie, de las tierras dedicadas a *cultivo y labor*”. Lo que podía ser cierto para la Castilla del cereal –por ejemplo, para Tierra de Campos, donde el cultivo llegaba casi al 85 por 100 tal y como se demuestra en Yun Casalilla (1987: 511)– no lo era en absoluto para las sierras volcadas hacia la ganadería.
- 27• Gómez de Valenzuela (2001: 97) abunda en este mismo asunto: “los propios campos eran muchas veces creación de los tensinos, que en una alucinante labor allanaban las laderas o levantaban muros de piedra y rellenaban el espacio resultante con tierra acarreada a lomos de mulo”.
- 28• No lo es, sin embargo, cuando se trata de comparar con la moderna agricultura mercantilizada, en la que se ha roto la diversidad productiva como consecuencia de la especialización y de la adaptación de zonas enteras a monocultivos rentables desde una óptica mercantil; Naredo (2001).



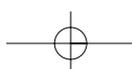
cuyo riego no siempre era sencillo ni permanente, más las praderas forrajeras para la alimentación invernal del ganado. Pero esta distribución de cultivos, en el caso del cereal, por ejemplo, equivalía a muy poco trigo, algo de cebada y una extensión mayoritaria de cereales inferiores como el centeno, sembrado en las tierras más débiles, muchas veces en solitario y en ocasiones mezclado con trigo²⁹. En los llanos, junto a estos mismos cultivos, encontramos también viñas y olivares, tan imprescindibles para la subsistencia como los campos de cereal y que, en la montaña, se encontraban ausentes por encima de los límites biológicos³⁰. En comparación con la agricultura tradicional de llanura, ni la agricultura pirenaica era diversificada, pues los tipos de cultivos eran muy escasos y más todavía lo eran las cantidades cosechadas, ni fue nunca, ni pudo serlo, autosuficiente. Es cierto que la agricultura de montaña se dirigía al autoconsumo en su gran mayoría, pero ninguna sociedad de montaña se ha planteado el objetivo improbable de alcanzar la autosuficiencia agrícola mientras ecológicamente fuera quimérico y mientras hubiera alternativas que proporcionaran ingresos para solucionar la escasez de alimentos mediante su compra a zonas más apropiadas para el cultivo.

Los demás rasgos de la agricultura se resumen con rapidez. La propiedad de la tierra estaba muy repartida y consistía en pequeñas parcelas diseminadas por todo el término municipal, lo que se completaba con un predominio abrumador de la explotación directa. Estas características son constantes en las áreas de montaña, con independencia de dónde estuvieran situadas³¹. Lo cual plantea un pequeño problema de interpretación. En el Sistema Ibérico, por ejemplo, se ha explicado la microexplotación agrícola por la división de las herencias. Hay, incluso, quien llega a calificar la herencia igualitaria para todos los hijos como "absurda" dado que conduce a la atomización de las explotaciones. Ahora bien, desde el Sistema Ibérico, ¿cómo puede ser absurda una práctica social que dura cientos de años? Y, desde los Pirineos, ¿cómo, con herencias no divisi-

29• Violant Simorra ([1949] 1997: 122-126); en Bielza y otros (1986: 65-69) se comenta el predominio de las leguminosas en las tierras más altas, en las que el cereal no tenía siquiera oportunidad de madurar. En Navarra, donde las condiciones climáticas son más propicias, se introdujo el maíz desde mediados del XVIII o principios del XVIII.

30• Así, Cuesta (2001: 100-102) caracteriza la agricultura de montaña como extensiva en tierra y capital, e intensiva en trabajo, "no especializada y diversificada"; aunque le habría bastado comparar la variedad de cultivos en Castejón de Sobrarbe y Aínsa con la monotonía cerealícola de Fanlo o Gistáin (pp. 457-461) para percibir la correlación entre la altitud y las opciones de diversificación agrícola.

31• Sobre el Baztán, Arizcun (1988: 201); sobre el Sobrarbe, Cuesta (2001: 94-95), que erróneamente considera la "fragmentación del sistema productivo agrícola" como una "característica de la economía agraria tradicional".



bles, se llegó a una distribución del terrazgo muy similar? Si el mismo fenómeno se produce en lugares con costumbres hereditarias diferentes, será porque tal vez hay explicaciones comunes. La menos rebuscada se formula a través de argumentos económicos sencillos. En efecto, la relación entre labradores y jornaleros fluctuaba desde las áreas más propicias para el cultivo agrícola, donde los jornaleros eran mayoría, hasta la montaña, en la que los propietarios son muchos más. El predominio de los pequeños propietarios en la montaña no carece de lógica. La subsistencia familiar y la resistencia a la emigración eran los únicos incentivos capaces de explicar una agricultura que se desarrolla contra corriente. De hecho, Coppola la ha calificado como una "exigencia inevitable" de la montaña. También ha señalado que "sólo la pequeña hacienda de cultivadores directos se arriesga a soportar, con un gran empleo de trabajo, la puesta en cultivo de terrenos difíciles por su posición, por la calidad de su suelo, o por la altitud"³². En realidad, altos costes y cortos beneficios se aliaban para impedir una organización diferente. La gratuidad del trabajo familiar y su bajo coste de oportunidad eran los únicos estímulos para obtener unas producciones irrisorias, pero fundamentales para la subsistencia. Los jornaleros sólo podían ser un número insignificante y todos ellos trabajando en otros menesteres. Habida cuenta de los rendimientos que se lograban en las sierras, poco margen debía de quedar para costear mano de obra jornalera. Recapitulando:

1) La tierra y el duro clima son los principales factores restrictivos del desarrollo agrícola. El carácter estratégico de la tierra, como bien tangible y duradero, la convierte en una "necesidad" imperiosa para todas las familias. A la vez, su escasez impide la concentración excesiva, aunque las montañas no por eso eran igualitarias³³.

2) La escasa rentabilidad de la agricultura, lastrada por una formidable inversión en trabajo y por unos rendimientos exigüos, debido a la dureza del clima, al pequeño grosor de los suelos y a las pendientes, impide la contratación de mano de obra, que resultaría antieconómica, así que las explotaciones son de pequeñas dimensiones, o de tamaño medio, apropiadas para el trabajo familiar³⁴.

32• Coppola (1989: 500).

33• El mito del "igualitarismo" también se ha difundido en relación con los Pirineos. Daumas (1976: 264) observa que nadie posee más de 20 hectáreas de tierra, de manera que le parece que se puede hablar de una "democracia rural casi perfecta"; algo que también se repite en Bielza y otros (1986). No es necesario afirmar que este desatino equivale a una sobrevaloración de la propiedad de la tierra en un entorno en el que tal cosa es secundaria.

34• En palabras de Costa ([1902] 1981: 129): "como la tierra de montaña rinde producto tan escaso, no puede cultivarse con jornaleros; tiene que cultivársela el mismo dueño, que hace más obra con menos gasto, contentándose con la comida y comiendo de lo que hay".



3) Por lo mismo, no hay excesivo interés en el acaparamiento de tierras por parte de los poderosos, quienes ven satisfechas sus estrategias de acumulación mediante la ganadería, el comercio o la industria.

4) Finalmente, como veremos, teniendo en cuenta la centralidad de la pluriactividad, todo el mundo está "forzado" a disponer de algo de tierra³⁵.

En fases de crecimiento de la población, las propias técnicas de expansión agraria dan fe de las dificultades. Para hacer frente a la presión demográfica³⁶ la tradición indica que era usual recurrir a las "artigas", es decir, a las rozas mediante el fuego, y al abanqueamiento de laderas a costa de ímprobos esfuerzos para lograr rendimientos muy escasos, arriesgando la estabilidad de las pendientes y, tal vez, el futuro de las comarcas³⁷.

El resultado de este panorama no podía ser otro que la insuficiencia agrícola. Algunos productos, como granos, vino o aceite, nunca se pudieron cosechar en cantidades suficientes. La necesidad de adquirir alimentos del llano estuvo siempre presente. La cuantía de las importaciones, sin embargo, en particular la de cereales, respondía más a las circunstancias particulares de cada valle y podía variar su intensidad dependiendo de factores coyunturales³⁸.

La vocación ganadera de la montaña

La vocación ganadera, puesta al lado de las dificultades agrícolas, es obvia. Si la agricultura era precisa, aunque no suficiente, la presencia ganadera, sobre todo de

-
- 35• Hasta el punto de que, mucho tiempo después, Violant Simorra ([1949] 1997: 124) podía escribir: "los pirenaicos son todos más o menos agricultores, que cultivan y labran algún pedazo de tierra, aunque sea comunal, aparte de los huertos que casi todos poseen".
 - 36• Según ha mostrado Salas (1991: 176) entre 1495 y 1711 la población pirenaica tuvo un crecimiento muy débil, inferior al del conjunto aragonés, pero crecimiento al fin y al cabo. No tenemos constancia escrupulosa de la evolución de la producción, puesto que, tal como indica Latorre Ciria (1989), los diezmos disponibles de las localidades de Sobrarbe dependientes del obispado de Huesca estaban arrendados.
 - 37• Un problema, sin embargo, que no se planteaba muy a menudo porque los montañeses eran quienes mejor sabían hasta dónde se podía llegar en el aprovechamiento de su territorio; Bielza y otros (1986: 65-69). Si en alguna época se recurrió a una extensión de la agricultura sobre esas bases, probablemente eso sucedió a lo largo del siglo XIX, cuando las alternativas pecuarias, industriales y comerciales fueron desapareciendo.
 - 38• Bernardo López, visitador del ejército que hizo varios informes sobre la situación económica pirenaica a finales del siglo XVIII indicaba cómo Bielsa y Fanlo sólo podían cubrir sus necesidades de pan durante cuatro meses, periodo que, en Puértolas, se alargaba hasta los seis meses; Daumas (1976: 327-328). Sólo Arteta ([1783] 1985: 26) consideraba erróneamente que sobraba trigo en todos los partidos, incluido el de Jaca.



algunas especies, era imprescindible. De nuevo Asso, señalaba por ejemplo cómo en el valle de "Tena no se siembra actualmente un grano de cebada, por tener abundantes pastos naturales", razón por la que, en todo el Partido de Jaca "la pastoría es la principal ocupación de los habitantes, de que sacan notable utilidad"³⁹.

La disponibilidad de pastos, sin embargo, tampoco estaba libre de problemas. Lo cierto es que las hierbas sobraban en algunas épocas del año, pero en el invierno y, dependiendo de la altitud también en otoño y primavera, muchos pastizales estaban yermos o cubiertos por la nieve. El frío y las heladas –tanto más frecuentes e intensas cuanto más altitud– acortaban el ciclo vegetativo de los herbazales, limitando su aprovechamiento a unos pocos meses del año. Había, pues, abundancia de pastos y praderas, pero era una abundancia estacional, que se convertía en nada durante largas etapas. En tales condiciones, el mantenimiento del ganado durante los meses de invierno debía hacerse o bien con las reservas acumuladas durante el buen tiempo –cereales-pienso, hierba segada de los prados y paja de los cereales para consumo humano–, o mediante el desplazamiento del ganado a tierras bajas. La primera opción tampoco estaba libre de limitaciones, dada la cortedad de la agricultura. Incapaz de satisfacer las necesidades del sustento humano, no había mucho margen para una mayor extensión de los cultivos dirigidos a la alimentación animal. La importación de cereales-pienso y forrajes tampoco era una opción sencilla por la estrechez del mercado y su alto coste de oportunidad. La trashumancia, en estas circunstancias, se presentaba como una opción forzada por las condiciones naturales y por la incapacidad de sobreponerse a las mismas.

En la montaña había todo tipo de ganado, pero las distintas especies tenían especializaciones funcionales diferentes, respondían a distintas necesidades y exigían fórmulas de explotación diferentes. El tipo de ganado más visible era el ovino, compuesto por ovejas churras o rasas aragonesas, explotadas por su lana y obligadas a trashumar desde los meses de octubre o noviembre hasta mayo o junio. Durante todo ese tiempo, las ovejas se instalaban sobre los pastos comunales, los montes, los barbechos y los rastrojos del llano. Antes de la llegada del verano, los rebaños locales vol-

39• Asso ([1798] 1983: 27). O, en palabras de Generés ([1793] 1996: 3), "y si no se asemejan en la producción de los dichos frutos a estas fértiles campiñas los países montuosos de Jaca, Benabarre, Albarracín, etc., gozan no obstante de otro género de feracidad, quizá más rico y de mayor monta, consistente en sus exquisitos pastos para ganados de toda especie y en su mucha madera de carpintería y de construcción". Hay varios estados de la cuestión sobre la ganadería aragonesa: Pérez Sarrión (1999), incluyendo referencias sueltas a los Pirineos; Fernández Clemente (1986a) sobre el ovino español en el siglo XVIII y Fernández Clemente (1986b) con una aplicación al caso turoense.

vían a los puertos, acompañados con las ovejas de los propietarios del valle, para pasar la *estivada* en la montaña, aprovechando las hierbas frescas en un momento en que el llano estaba agostado.

La lógica de la trashumancia, el aprovechamiento de pastizales con ciclos vegetativos complementarios, era, en primera instancia, ecológica, pero con el paso del tiempo no dejaba de producir efectos muy variados: condicionaba el diseño del paisaje agrario, determinaba las oportunidades de empleo para la mano de obra y proporcionaba ocasiones de negocio para los propietarios de ganado. Desde la óptica agraria, forzaba una distribución del terrazgo que obligaba a reservar espacios de pasto tanto en el llano como en la montaña. Desde el punto de vista demográfico, la alta demanda de mano de obra en la vigilancia de las cabañas ofrecía oportunidades a muchas familias; al mismo tiempo, exigía que una parte de la población pasara fuera de sus casas ocho o nueve meses al año. Esta obligación aliviaba la presión sobre los recursos locales de una parte de la población, de manera que hasta se puede ver como una contribución decisiva al equilibrio energético entre la población y los recursos. En último lugar, como es obvio, la trashumancia ovina se beneficiaba de la fácil salida comercial de la lana, desarrollada al calor de la expansión de la industria textil francesa en el Languedoc y, más en general, por todo el sudeste del país vecino.

Muchas caras del fenómeno trashumante en los Pirineos están sin abordar: desconocemos todo o casi todo sobre aspectos económicos clave, como la propiedad de los rebaños⁴⁰, la composición de los costes y los ingresos de las explotaciones trashumantes, los circuitos de venta de la lana, o la importancia de los aprovechamientos secundarios, tales como pieles, corderos, carnes o leche. Puestos a ignorar, ignoramos incluso la trayectoria de la ganadería trashumante en la edad moderna. Contamos sólo con la estimación de la cabaña lanar que hiciera Asso para 1788: en números redondos, en el partido de Jaca habría 240.000 cabezas, en Huesca 256.000, en Barbastro 84.000 y en Benabarre 45.000; cantidades modestas en comparación con el peso de otras áreas trashumantes, o incluso de la cercana ganadería turolense. Y poco relevantes también si se comparan con las casi 440.000 ovejas del partido de Zaragoza⁴¹. La

40• Si sabemos, en cambio, de la desigual distribución de la propiedad de los ganados trashumantes zaragozanos (Germán Zubero, 1996: 90-91), un fenómeno similar al de las cabañas castellananas –Pérez Romero (1996 y 1999), Moreno Fernández (1999b)– y que, según todos los indicios, también podría hacerse extensivo a las cabañas ovinas pirenaicas.

41• Pérez Sarrión (1999: 151) cree que los partidos limítrofes con Cataluña podrían haber ocultado gran parte de su ganado.

razón de tal modestia podría ser de carácter institucional: en realidad, tanto las ovejas trashumantes del llano como las de la montaña seguían los mismos itinerarios estacionales. Los rebaños ovinos, ya fueran propiedad de montañeses, oscenses o zaragozanos pastaban en los llanos durante la invernada y en la montaña durante el verano. La única razón para atribuir estos rebaños a una u otra zona es la vecindad de los propietarios, un dato menos relevante para ilustrar la presión ganadera que para explicar la distribución del uso de los recursos de la montaña. Sobre la presión de los ganados, lo que habría que preguntarse es cuántas, de los dos millones y medio de ovejas que había en Aragón a finales del siglo XVIII, pastaban en el Pirineo y cuántas en otros lugares. Y todavía estamos muy lejos de poder responder preguntas tan simples como ésta.

En contraposición, los componentes institucionales y antropológicos de la trashumancia son los mejor conocidos. En particular se han dedicado algunos esfuerzos a analizar las relaciones entre la montaña y los ganaderos zaragozanos que acudían a los agostaderos con sus rebaños y con el respaldo institucional de la Casa de Ganaderos de Zaragoza. La Casa de Ganaderos, que se ha comparado incorrectamente con la Mesta castellana, reunía a propietarios zaragozanos y les otorgaba privilegios de pasto sobre todos los montes comunales de Aragón. Hay indicios de que esto suscitó todo tipo de enfrentamientos desde muy antiguo, igual que también hubo frecuentes roces con los ganaderos estantes y con los agricultores. En el fondo se trataba de la competencia por el acceso a un mismo recurso, la tierra⁴².

Este tráfico periódico de ganados, personas y mercancías ha tenido tanta resonancia entre los investigadores que ha llegado a ocultar otras realidades menos espectaculares pero igual de trascendentales para la vida de los montañeses. La boyante trashumancia no debe hacernos olvidar la importancia del ganado estante, más decisivo para explicar la supervivencia de los hogares pirenaicos. Se trataba de bueyes y mulas de labor, de mulas y equinos de transporte, de cabras y cerdos para cría y carne. Estos ganados sí debían alimentarse con los recursos locales, tenían un fundamento

42• Cosa que no debe sorprender, dado que es una constante de la historia agraria de la edad moderna. Para la Corona de Castilla el trabajo que mejor ilustra los enfrentamientos de ganaderos trashumantes y estantes, y los de trashumantes y agricultores, es el de Vassberg (1986). Gómez de Valenzuela (2001: 117) y Fernández Otal (1996) han descrito algunas de las estrategias de resistencia cotidiana que los pobladores del valle de Tena opusieron a la penetración de los ganados zaragozanos. Pallaruelo (1988: 36-38) ilustra, para finales del XVIII, estos conflictos entre agricultores y ganaderos en la montaña, otra faceta más de la "lucha por la tierra" que se produjo en la etapa final del Antiguo Régimen.

en parte dirigido a la subsistencia, pero tampoco excluían un nutrido comercio con la vertiente francesa y con los llanos aragoneses, tanto de ganado⁴³ como de productos secundarios de la ganadería, carne, cueros, quesos, leche, manteca⁴⁴.

Más adelante, la doble decadencia de la trashumancia y del textil fue un proceso vivido en otras montañas del interior peninsular, y con toda probabilidad incrementó la importancia relativa de las ganaderías estantes que se iban convirtiendo en cruciales conforme se volatilizaban las alternativas monetizadoras:

[En la montaña de Aragón], como en todo país pobre, el capital flotante se forma y renueva con gran dificultad; la adquisición de un buey, o de una mula, es para algunos labradores punto menos que imposible, y su muerte envuelve la ruina de una familia. De aquí que al labrador, por regla general, le preocupen más las enfermedades de sus bestias de labor que las de su mujer, porque la renovación de la mujer no le cuesta dinero, y tal vez, al contrario, constituye una fuente de ingreso, al paso que la muerte de un buey, o de una mula, le cuesta hipotecar, o vender, un campo para reemplazarla.⁴⁵

Más que un complemento: las industrias y el comercio en la montaña

Los esfuerzos de muchos montañeses se concentraban en la industria y el comercio, que adquirirían diversas formas dependiendo de los valles y de la dotación de recursos de cada uno. Así, la industria consistía en la elaboración de bayetas, estameñas, cordellates o medias de lana, pero también en la elaboración de carbón vegetal, en la práctica de la minería allí donde era realizable, o en el empleo de fórmulas más

43• Jarque y Salas (2000) han descrito para finales del siglo XVIII el funcionamiento del mercado de mulas del Alto Aragón occidental, criadas en las montañas y negociadas por tratantes de los somontanos.

44• "Los quesos, que se fabrican en la montaña, no sé que tengan grande estimación. También hacen manteca de ovejas muy delicada, pero no abundante. La que más se aprecia es la de ciertos lugares de sobrepuerto, como Basarán, Escartin y Cortillas, donde la mezclan con aceite, para condimento en días de vigilia"; Asso ([1798] 1983: 30)

45• Costa ([1902] 1981: 305). Eran fechas en las que el ganado de labor resultaba imprescindible, toda vez que la trashumancia era sólo un residuo del pasado; Pinilla (1995a). El comentario, supuestamente socarrón, sobre la despreocupación por la enfermedad de la mujer, se reproduce como muestra indirecta de la lectura machista que se ha hecho tradicionalmente de la institución familiar, fenómeno que consiente lecturas alternativas desde una perspectiva de género.

o menos intensas de metalurgia tradicional. Los comercios de ganados, de lana, de madera o de carbón vegetal dinamizaban los flujos mercantiles y monetarios y ponían en contacto, una vez más, las tierras altas con los llanos.

Había dos razones que impulsaban la práctica de estas actividades: la necesidad y la oportunidad. Junto a la ganadería, la presión de la insuficiencia alimentaria obligaba a buscar alternativas económicas capaces de proporcionar unos ingresos que no llamaré complementarios porque en el marco de las economías pluriactivas no es aceptable distinguir dónde empieza lo fundamental y dónde lo complementario. Por otro lado, no sólo estaban forzados a emplearse a fondo en la industria o el comercio, también tenían a su alcance la posibilidad de hacerlo de forma competitiva: primero por la abundancia de mano de obra y el subempleo crónico a que ésta habría estado sometida de no haberse dedicado a trabajos no agrarios⁴⁶; segundo, por la copiosa disponibilidad de materias primas y fuentes de energía en forma de lana, madera, agua o minerales⁴⁷.

Éste es el terreno en el cual las deudas historiográficas son más apremiantes. Sabemos que se habían puesto en marcha todas estas empresas pero desconocemos sus dimensiones exactas, su distribución espacial concreta, su reparto social y mil otros detalles fundamentales para calibrar el modo en que se insertaban en cada comarca, para entender qué mecanismos hacían compatible y potenciaban su desarrollo de modo armonioso o conflictivo con la ganadería y la agricultura, para comprender, en fin, cómo se articulaban los entramados institucionales con los horizontes productivos. Estas cuestiones son la clave de un modo de analizar la economía de montaña que debe superar las artificiosas divisiones sectoriales de la economía convencional y la poco funcional convención de analizar agricultura, industria y comercio de forma separada, dando la espalda a la realidad de unas economías integradas con sus estructuras sociales y que se organizaban desde una visión global y comprensiva de todas las oportunidades productivas y distributivas con las que contaban. Para el historiador económico la agricultura, la ganadería o el comercio tienen existencias y formas de desarrollo independientes, pero para el montañés, para las comunidades

46• El trabajo agrícola estaba sometido a una estacionalidad aún más acusada que la de los llanos, toda vez que los ciclos vegetativos de la montaña son más breves; el trabajo ganadero tampoco era capaz de ocupar plenamente a los montañeses, menos todavía cuando la trashumancia desplazaba a los rebaños muy lejos de la zona.

47• Esta abundancia de energía hidráulica se muestra, por ejemplo, en la abundancia relativa de molinos y batanes en las tierras altas; Pallaruelo (1994: 82-83 y 224-25).

de montaña, sólo existía la economía local, un cóctel que mezclaba, fusionándolos y confundiéndolos, un número variable pero siempre elevado de ingredientes⁴⁸.

Entre las actividades extractivas y de transformación hay nebulosas noticias sobre ferrerías, extracción de madera –desde Hecho, Ansó, el Pallars o el Roncal para la construcción del Canal Imperial o para satisfacer la demanda de maderamen para la construcción naval, la pipería, etcétera– o explotación minera⁴⁹. La más importante sin duda era la industria textil. Algo se ha investigado el textil del sistema ibérico turolense, pero de la industria pirenaica sólo podemos hacernos con una desvaída imagen de su extensión. Tenemos cifras aproximadas sobre la importancia del textil lanero en Jaca, Biescas y algunos pueblos colindantes. Oscilantes, como suele suceder con este tipo de datos, parece haber cierto acuerdo entre las distintas fuentes. En Jaca el número de telares superaría el centenar⁵⁰ y en Biescas no andaría muy lejano⁵¹. Los datos de producción y de consumo de lana son mucho menos fiables, pero como aproximación grosera valga la sugerencia de que sólo en Jaca se labraban unas 100.000 varas de estameñas y unas 20.000 o 30.000 de bayetas y cordellates⁵², mientras que en Biescas es probable que se superaran las 60.000 varas totales. A la espera de contar con mejores datos desde el punto de vista productivo y espacial, y prescindiendo de la producción de todos los demás núcleos textiles

- 48• El lector avezado habrá reconocido que esta afirmación se atreve a ampliar y generalizar una frase de De Vries (1990: 115): “desde el punto de vista de los capitalistas, la agricultura y la industria eran dos sectores distintos de la economía, desde el punto de vista de la población aldeana, sólo existía la economía familiar”.
- 49• Sobre esto Madurell (1952) y Pallaruelo (1992: 37-46).
- 50• Según Asso ([1798] 1983: 124-125) en 1798 eran 120: “hay 90 telares de estameñas, cordellates y bayetas que emplean 7.000 arrobas de lana cada año y se hacen 10.000 varas de cordellates ordinario, 100.000 de estameñas y 30.000 de bayetas comunes, hay además de esto 30 telares de medias de estambre que también trabajan chalecos, y calzones si los piden...”; según Arteta ([1783] 1985: 62), unos años antes habían llegado hasta 125; la última referencia, del mal llamado “censo de manufacturas” de 1784, es más moderada y se queda en los 98 telares (Miguel López 1999: 154).
- 51• Aquí la oscilación es mayor: Arteta ([1783] 1985: 62) habla de 60 telares y Miguel López (1999: 154) recoge nada menos que 82. No hay que darle demasiada importancia a esta discrepancia, que puede deberse a que el “censo” de 1784 probablemente centre en la localidad de Biescas algunos telares que se ubicarían en los pueblos vecinos.
- 52• Según Miguel López (1994), estas cifras corresponden a 1.300 estameñas, a 80 varas cada una; y 400 bayetas y cordellates a unas 60 varas cada uno. Creo que Arteta ([1783] 1985: 62) exagera cuando atribuye 100 varas a cada estameña, lo que ampliaría considerablemente la cifra. En todo caso, las estadísticas de este tipo tienen más valor literario que exactitud y se aportan con todas las reservas.

parece que el textil podía superar con facilidad las 200.000 varas de paños, un listón suficiente para merecer mayores esfuerzos de la investigación⁵³.

Evidencias imprecisas en el tiempo y en el espacio, la concentración de los telares en uno o pocos núcleos de población no significa que toda actividad textil estuviera concentrada. Existen indicios para deducir que en esos núcleos se agrupaba el tejido y quizá también las diversas operaciones de acabado, pero el hilado se extendía ampliamente por los contornos. Así, parece que el centenar largo de telares jacetanos se correspondía con la presencia de unos trescientos fabricantes –o sea, dueños de la lana y del paño que contrataban a los operarios de las distintas fases de elaboración del paño– y éstos con trabajos sin duda esporádicos para unas 3.000 hilanderas dispersas por todo el perímetro rural⁵⁴.

No disponemos de más datos para deducir cuál era la organización del trabajo manufacturero. Si existían o no comerciantes urbanos que coordinaban la producción a mediana o gran escala. La sugerencia de Asso sobre cómo funcionaba la pañería del Setecientos en el Pirineo, parece excluir tal presencia:

*En los valles de Tena y Broto se ocupaba mucha gente en la labor de medias de estambre, que llevaban a vender a varias partes del Reino... En el día ha decaído notablemente esta industria, porque las medias que los montañeses traen a vender a Zaragoza, están hechas de hilo de dos cabos y son de corta duración.*⁵⁵

Quizá, como en otras industrias textiles y en otros lugares, la comercialización de los paños la hacían de forma difusa buhoneros, trajinantes o pastores montañeses que trataban a pequeña escala con estas y otras mercancías⁵⁶. En suma, las evidencias disponibles son pocas, aunque suficientes para deducir algunas cosas: un volumen de producción medio-alto para la población de la zona, lo que implicaría una importante dedicación de una parte del trabajo familiar; labores bastas y baratas dirigidas al consumo popular; y, tal vez lo más interesante, ausencia de comerciantes que, desde fuera

53• En los partidos montañosos de Albarracín y Teruel se llegaron a elaborar a finales del siglo XVIII hasta 307.000 varas de paños, una cantidad "muy alta" en palabras de Peiró Arroyo (2000: 106-107).

54• Miguel López (1999: 157).

55• Asso ([1798] 1983: 125).

56• La formulación de un modelo "trapezoidal" de comercialización en Chassagne (1981); su aplicación al lino gallego en Carmona (1990), y a la pañería camerana en Moreno Fernández (1999a).

organizaran y dirigieran la producción⁵⁷. Poco, pero bastante para identificar un terreno de investigación que permanece desconocido y que valdría la pena sondear.

Igualmente interesante y desconocida es la vivacidad comercial de la montaña. El dinamismo es evidente desde fechas muy tempranas. Se percibe en los arrieros de los valles pirenaicos que se ocupaban en la saca de lanas hacia Francia, en los fabricantes de paños que comerciaban con ellos en el llano aragonés, en los tratantes de ganado que vendían el ganado mayor o porcino de recría, o quesos, o tocino, o carbón vegetal, etcétera, y en el contrabando de productos con Francia.

Algo sabemos, por ejemplo, de los flujos comerciales del valle de Bielsa que se habían establecido a través de la frontera francesa como mínimo desde finales de la Edad Media. De Francia se introducían alimentos –granos, cebada y trigo– y ganados –cerdos, mulas y vacas, casi todo este ganado joven para criarlo y revenderlo–, hilazas de lino o paños ingleses. Del valle hacia Francia se extraían lana, madera, hierro y ganado –equino y mular de recría–. La clave de este comercio está en el aprovechamiento de los retornos: los arrieros del Pirineo salían con lana y volvían con vacas, yeguas, mulas, cerdos o paños que en su mayoría servirían para revenderlos y reiniciar el negocio. La historiografía, a poco que se ha esforzado, ha podido ofrecer valiosos ejemplos sobre cómo funcionaban estos intercambios. Como en el caso de Antonio Arnalt que en 1444 salió con 35 arrobas de lana y retornó con 53 cerdos y 11 vacas, o como Bernardo de Campos, que en 1449 cruzó la frontera con 56 arrobas de lana para volver con 17 codos de paño de Bristol, arvejas, bueyes, cueros y otros productos⁵⁸.

Todas las alternativas económicas y el desarrollo de la ganadería implican un desarrollo mercantil. No hay, pues, ninguna razón para hablar de autarquía. Aquí es donde cobra todo su absurdo la pasión por encontrar comunidades cerradas, interesadas en la autosuficiencia y en la autarquía. Todas estas dedicaciones económicas, desde la ganadería hasta el propio comercio, tienen una vertiente mercantil indudable, lo que las hace dependientes de la situación de mercado. Así, los partidarios de una economía de montaña tradicional siempre aislada, cerrada, concentrada en sí misma, tienen que hacer verdaderos esfuerzos para no ver lo que, después de todo,

57• Cosa que sí pasaba en otros lugares de Aragón, como en Rubielos, sobre cuya industria el mismo Asso ([1798] 1983: 159) refiere "la decadencia de estas manufacturas por la falta de medios de los fabricantes y por tener que depender de varios mercaderes, que validos de la necesidad les fian la lana y otros materiales a precios muy subidos".

58• Bielza y otros (1986: 103-104).



salta a la vista: que la montaña no puede ser autosuficiente⁵⁹. El uso de marcos teóricos inapropiados impide percibir la realidad. Algunas afirmaciones, incluso procediendo de investigadores de toda solvencia, rayan el ridículo. Así, Violant Simorra certificaba el prejuicio sin ambages: “hasta hace escasamente medio siglo, el hombre pirenaico producía todo lo esencial para su austera y frugal vida: el alimento, el vestido y muchos de los utensilios domésticos”, para, acto seguido y sin percatarse del absurdo, contradecirse vigorosamente añadiendo: “sólo importaba el vino, el aceite, algunos licores, las especies coloniales, los recipientes de tierra cocida y metálicos para la cocina, así como pañolería y telas finas para la indumentaria femenina, joyas y pocas cosas más”⁶⁰. Aislamiento y, como consecuencia, austeridad y frugalidad no son conceptos descriptivos, sino prejuicios románticos de aquella supuesta “cultura remotísima”. Prejuicios que se resisten, no ya a explicar, sino incluso a observar los intercambios de mercancías, la movilidad del ganado y de parte de la población; movimientos que se pueden interpretar como flujos de renta que, por medio del mercado –de productos, de capitales y de trabajo– dotaban a los sistemas montañoses de los equilibrios imprescindibles para sostener la vida en la montaña.

Además de esto, que es común a otras zonas altas, los Pirineos son una comarca de frontera, con todo lo que ello significa. Pierre Vilar, por ejemplo, ya señaló en su día que las fronteras pirenaicas fueron una de las principales fuentes ilegales de suministro de moneda de plata hacia Francia, a pesar de todas las prohibiciones. En los siglos modernos la entrada de manufacturas francesas y de productos coloniales dotaba a la frontera de un carácter estratégico que sus habitantes, buenos conocedores de los pasos y de los caminos del norte de Aragón, de Cataluña y de Navarra supieron utilizar y utilizaron con intensidad⁶¹.

59• Domínguez Martín (1993 y 1995: 37-38).

60• Violant Simorra ([1949] 1997: 119). Sobre el tráfico de mercancías en Huesca la descripción de Bleuca ([1792] 1987) también es significativa: “igualmente es poco el trajineo que se hace por los naturales de este partido. El más ordinario y frecuente se reduce a llevar aceite con cabalgaduras a Navarra, de donde traen en retorno cacao, abadejo y toda especiería. A Cataluña conducen, también con cabalgaduras, trigo, centeno y cebada, volviéndose de retorno arroz, abadejo, sardinas y papel. Los mismos catalanes introducen frecuentemente pescados salados y frescos, papel, curtidos, indianas, telas ordinarias de cáñamo y lino, cintería, pañuelos de toda especie, encajes, blondas, paños finos, estameñas, bayetas, hiladillos, medias, gorros de lana y algodón, armas de fuego, etc., todo fabricado en su país, llevándose de retorno lanas, sedas, trapos, cuero, pieles de conejo y liebre, etc. Los navarros y ansotanos acostumbran traer del Océano y sus puertos pescados salados y frescos, y de Francia mucho tocino, manteca y judías, y de reporte, ordinariamente llevan aceite”.

61• Para Navarra, Azcona (1996).

La lógica social y los instrumentos institucionales de la estabilidad

Esta economía, mucho más compleja, más vivaz y más floreciente de lo que se ha reconocido, era también insegura, en la medida en que sólo podía encontrar la estabilidad en sus relaciones con el exterior a través del mercado y de los movimientos de población. Aunque en el largo plazo fuera insensato siquiera plantear la fijación de unas condiciones de partida, sí era necesario buscar mecanismos que dotaran de un mínimo de seguridad a corto y medio plazo. Señalaré aquí cinco instrumentos institucionales que, adaptados a las necesidades de la montaña, pretendían asentar su forma de existencia: el comunal, la autorregulación, la centralidad de la familia, la pluriactividad y el mercado. Ninguno de ellos es privativo de la montaña –es más, ninguno se puede considerar del todo ausente de las sociedades rurales contemporáneas–, pero todos estaban allí y, según su intensidad y su modo de combinarse, podían dar lugar a sociedades de muy diverso tipo. Su fuerte presencia y la flexibilidad con la que se solían acomodar a las necesidades de conjunto podrían ser las claves que definen la economía de montaña como un tipo específico de economía “tradicional”⁶².

En primer lugar, el elevadísimo peso de la propiedad común, extendida por el 90 por 100 del territorio. Los pueblos pirenaicos han dependido en el pasado –han extraído mayores recursos humanos– de sus comunales más que de sus patrimonios rústicos cultivables. Los recursos comunes, en cualquier economía de base orgánica tradicional, eran la principal reserva de tierras de cultivo, de pastizales y de productos forestales, eran la base del sistema de fertilización agrícola, constituían un impresionante depósito de energía acumulada y desempeñaban un importante papel fiscal⁶³. La montaña no era una excepción. En los Pirineos la propiedad comunal era todo esto, pero amplificando su importancia por la menor presencia de terrenos de cultivo privados y la aplastante hegemonía de los pastizales y montes comunes.

Esta propiedad comunal era al mismo tiempo la base patrimonial del sistema de organización económica de las comunidades pirenaicas y una consecuencia de las condiciones ambientales. Este segundo aspecto se muestra a la perfección en la tra-

62• Moreno Fernández (2001).

63• Moreno Fernández (2002).

yectoria que siguió la privatización de los terrenos comunales durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En efecto, aquí, como en regiones de similares características, las ventas de los patrimonios forestales públicos se concentraron en la parte meridional de la provincia de Huesca, reduciendo su intensidad en sentido sur-norte y resultando excepcionales en las áreas de alta montaña⁶⁴.

En segundo lugar, un alto grado de autonomía en la gestión. Los valles pirenaicos en su mayoría se organizaban de forma independiente. Los asuntos cotidianos se ventilaban desde el ámbito local, sin intervenciones expresas del exterior. Esto vale para los calendarios agrícolas, para la determinación de las rotaciones de cultivos, para la evaluación del lugar que deben ocupar ganadería y agricultura y sus presiones respectivas sobre el espacio, y para la organización del trabajo "artesanal". Vale incluso para su independencia de la gran política estatal. Sobre la autonomía respecto de las instituciones de gobierno "nacionales" tenemos una prueba evidente en los acuerdos sobre pastos con los valles franceses, que incluían diversas cláusulas de buena vecindad. En 1648, por ejemplo, se llegó a un acuerdo entre Barège y Bielsa para

En caso de guerra entre los reyes de las dos partes sobre estas fronteras y si aparecen gentes a cinco leguas en el entorno desde el mes de junio hasta el mes de octubre, que es el tiempo en el que se puede practicar el puerto de Bielsa, y si el número de gentes excede cincuenta, los valles prometen darse aviso en un día de cómo han llegado las gentes de guerra.⁶⁵

Lo mismo acontecía en muchos otros lugares desde fechas que se remontan a la edad media. Había una larga tradición de colaboración en el aprovechamiento de los pastos manifiesta en las célebres *facerías*⁶⁶. La consecuencia, en la vertiente fran-

64• En relación con esto, Cuesta (2001: 242 y ss.) se limita a exponer vagas conclusiones de carácter general sobre la privatización de la propiedad colectiva y a aplicarlas erróneamente al Sobrarbe sin consultar los trabajos de Sabio (1997: 31-45) o algunos anteriores de Iriarte (1995) o Moreno Fernández (1994), en los que se muestra cómo en Aragón, Navarra o La Rioja, la desamortización de montes públicos fue más intensa allí donde los montes eran más susceptibles de ser explotados con facilidad y cómo no afectó más que residualmente en áreas de alta montaña con dificultades para una rentabilización rápida.

65• Bielza y otros (1986: 76). Para fechas anteriores entre el valle de Tena y el de Ossau, Lucas y Miralbés (1952).

66• Se trata de acuerdos equivalentes a las concordias entre pueblos comarcanos de cualquier zona ganadera, sólo que en este caso con una frontera por medio. Los análisis más clásicos parten de Cavallès (1910) y Fairén (1956 y 1961-62).

cesa era una considerable capacidad de autorregulación de la montaña. Viers llegó a escribir: “gobernados de este modo y con mucha libertad frente al poder real ... los Valles constituían pequeñas repúblicas en las que los derechos del soberano fueron discutidos muchos años”⁶⁷. Y si esto pasaba al norte de la frontera, si los montañeses eran capaces de resistir a la monarquía francesa –donde sí había un Estado digno de tal nombre– imaginemos lo que pasaba en la parte española. El caso es que, en 1613, los reyes de Francia y España decidieron hacer de la necesidad virtud y autorizaron a los habitantes de los valles franceses y españoles a “comerciar en tiempo de guerra como en tiempo de paz” y a “continuar apacentando sus ganados libremente en las montañas”.

El tipo de organización concreta dependía, por lo tanto, de los equilibrios de fuerzas locales y aquí es donde estaban las variaciones, porque la organización interna podía ser muy diversa. Era muy diferente gestionar los recursos a través de Juntas de Valle o de municipios autónomos; en aquéllas, las que solían funcionar en los Pirineos, se manejaban centralizadamente recursos dispersos y era más fácil que prevalecieran los intereses de los poderosos. Cuando se trata de municipios que controlan de forma exclusiva una parte de sus montes y pastos, cuando pueden gestionar sus propios espacios es posible llegar a fórmulas de transacción menos gravosas para los desfavorecidos.

En tercer lugar, hay que subrayar la importancia de la casa, de la familia pirenaica como primera instancia de organización humana, como núcleo económico de gestión, producción, distribución y consumo, y como base de la reproducción social. Y, por supuesto, el régimen de heredero único, una característica peculiar de los Pirineos⁶⁸. La familia montañesa, como la mayoría de las familias rurales precapitalistas, se define como una institución de cooperación y conflicto. Patriarcal, jerárquica y autoritaria, sometida a tensiones internas y dirigida de forma no democrática, en ella se origina la división del trabajo por género y edad. Así, la familia permite entender el entrelazamiento de las bases económicas de la montaña. La parsimonia reproductiva de la población de montaña, por ejemplo, se puede explicar a través de estrategias familiares: el régimen de heredero único, la expulsión de población masculina en algunas etapas, las migraciones temporales, el elevado grado de endogamia, la alta edad de acceso al matrimonio y el celibato femenino se unían para producir bajas tasas de fecundidad. Un régimen demográfico de baja presión justificado por un movimiento

67• Viers (1973: 70).

68• Véase la descripción de Costa ([1902] 1981: 128 y ss).

natural peculiar que es a la vez adaptación a las condiciones ecológicas de la montaña y resultado de las estrategias familiares⁶⁹.

El régimen de heredero único se puede interpretar en clave de adaptación al medio⁷⁰. Por supuesto las costumbres hereditarias tienen mucho de impronta cultural, pero sólo sobreviven cuando son un instrumento práctico, y el heredero único lo era. Era eficaz como método de expulsión de población y como mecanismo de difusión del celibato capaz de contener la fecundidad; era, en suma, un fruto de la prudencia defensiva para evitar la división del patrimonio y un artilugio que fusionaba la fuerza de trabajo familiar a costa de evitar su disgregación⁷¹.

Las decisiones productivas familiares, entre las cuales se encuentra la posibilidad de decidir el empleo de la fuerza de trabajo disponible, también podían potenciar el dinamismo económico. En el sistema ibérico riojano, por ejemplo, una familia con hijos varones podía recurrir a emplearlos como pastores en las cabañas trashumantes, logrando por este medio una reducción de las necesidades de consumo del grupo familiar y adquiriendo liquidez. Si, en vez de esto, se contaba con hijas, se disponía de mano de obra que podía ser empleada en la hilatura. Cuando los hijos eran demasiado pequeños, o en el momento de emancipación de la prole, sin embargo, se estaba en una situación menos halagüeña. Entonces el varón se empleaba como pastor y, todo lo más, aprovechaba algunos tiempos muertos en la conducción y vigilancia del ganado para negociar con paños, con ganado o con cualquier otra mercadería, mientras la mujer se encargaba de trabajar la poca tierra disponible y de hilar lana⁷².

En cuarto lugar, la pluriactividad, una característica casi universal de los hogares rurales, que se llevaba al extremo en las sociedades de montaña, donde las opciones económicas son más variadas como consecuencia de la necesidad y de la

69• La escasez agrícola obligaba a ser cautos con las posibilidades de crecimiento. A partir de aquí se podían producir alteraciones al compás de la coyuntura económica. La introducción del maíz en el Pirineo navarro, por ejemplo, efectiva desde mediados del siglo XVII, empujó al alza el crecimiento y atrajo población de los valles pirenaicos franceses; Arizcun (1988).

70• Un estudio reciente en Moreno Almárcegui y Zabalza (1999).

71• El tjonaje, o el derecho que tenían los segundones de convivir con el heredero, es un modo de potenciar la organización familiar del trabajo y la maximización de la mano de obra familiar. Aunque la representación local del tión quiere presentarlo como un parásito que vive a costa del heredero, también y principalmente –como afirmó García Ruiz en su tesis sobre el Prepirineo (1976)– es mano de obra gratuita a disposición de la explotación familiar. Así se entiende que los hogares pirenaicos, en promedio, superaran las 6 personas por familia; Moreno Almárcegui (1982: 34-35).

72• Moreno Fernández (2001).

diversidad energética⁷³. Este comportamiento económico, dirigido a practicar varias actividades simultáneas que multiplicaran las fuentes de ingresos y los ingresos mismos, era seguido en masa por los hogares serranos. La intensidad y la eficacia con la que se practicaba tenían dos condicionantes: la composición de la fuerza de trabajo familiar y el abanico de las oportunidades a su alcance para obtener ingresos. La interacción entre los dos es evidente, pero a efectos analíticos podemos considerar al primero endógeno y al segundo hasta cierto punto exógeno, al menos desde un enfoque familiar. El primer factor determinaba las opciones del grupo en función de la división sexual y generacional del trabajo. El segundo dependía de las condiciones naturales tanto como de las posibilidades de mercado. Ambos permitían sacar el máximo partido a los escasos recursos⁷⁴.

En quinto lugar, para terminar, la plena conexión con el mercado, potenciada en los Pirineos por el carácter fronterizo de la zona. El mercado, al que ya se ha dedicado espacio suficiente en las páginas anteriores, era imprescindible, pero también era poco de fiar, aunque sólo fuera porque la dependencia del exterior –para comprar y vender bienes esenciales– introducía un elemento de incertidumbre que escapaba al control de las comunidades de la montaña. La única alternativa, compartida por toda la sociedad preindustrial, consistía en intervenir con el objetivo de controlar la oferta y la demanda. Para ello se regulaba la producción, se ordenaba el mercado de trabajo, se legislaba sobre la circulación de los productos básicos, etcétera. La contrapartida, en opinión de muchos, es que tales intervenciones constituían rigideces que entorpecían el crecimiento.

Conclusión

Hasta aquí se ha hablado mucho de estabilidad. Lógico, si lo que se quiere explicar es la tendencia hacia el equilibrio. Pero no todo está dicho. Si se observa, las bases del equilibrio económico y social pirenaico, como de la mayoría de las montañas euro-

73• Mayaud (1988), Cazzola (1987), Garrier, Goujon y Rinaudo (1988), Fontaine (1991).

74• No obstante, en los Pirineos sabemos que la economía era pluriactiva, es decir, que los valles amparaban una amplia variedad de actividades económicas; pero apenas sabemos nada acerca de la pluriactividad de las familias.

peas, se encuentran en la flexibilidad. La montaña no es un entorno estable. Su viabilidad, por consiguiente, no depende sólo de la naturaleza. También se supeditaba al estado del mercado, para dar salida a los productos serranos y para lograr el abastecimiento regular de los productos deficitarios. La inestabilidad generaba distorsiones. El desequilibrio era lo único seguro. De ahí que la autorregulación institucional llevada a cabo por los concejos no pudiera ser estática. De ahí que la estabilidad sólo se pudiera lograr mediante adaptaciones constantes. Y todo ello en una sociedad que intuimos desigual, en la que la propiedad del ganado –sobre todo trashumante– señalaba la pertenencia a uno u otro grupo social y en la que los acuerdos se tenían que adoptar teniendo en cuenta esa realidad.

Lo cierto es que, como decía Borges, para ver algo hay que comprenderlo; pero para comprenderlo hay que verlo, de manera que tenemos un bucle que no es fácil de desenredar. Uno tiene la impresión de que mucha de la literatura que habla de las montañas “tradicionales” ha mirado con precipitación, ha visto poca cosa y ha comprendido menos todavía. Tan sólo espero haber hecho un estado de la cuestión razonable que contribuya a señalar las torpezas más evidentes, los vacíos y algunas de las futuras líneas de investigación. Aunque, por supuesto, la realidad sin duda habrá sido más compleja que este resumen.

Agradecimientos

Agradezco sus comentarios a los dos evaluadores anónimos que examinaron una versión preliminar de este trabajo. Algunas de sus propuestas han servido para mejorar la redacción definitiva, aunque, por supuesto, las incorrecciones que subsisten son todas de mi exclusiva irresponsabilidad.

Bibliografía

Arizcun Cela, A. (1988): *Economía y sociedad en un Valle pirenaico del Antiguo Régimen. Baztán, 1600-1841*, Pamplona, Gobierno de Navarra.

- Arteta de Monteseuro, A. ([1783] 1985): *Discurso instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la industria de Aragón con la nueva ampliación de puertos concedida por S. M. para el comercio de América*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- Asso, I. de ([1798] 1983): *Historia de la economía política de Aragón*, Zaragoza, Guara.
- Azcona Guerra, A. M. (1996): *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- Balboa López, X. (1999): "La historia de los montes públicos españoles (1812-1936): un balance y algunas propuestas", *Historia Agraria*, nº 18, pp. 95-128.
- Barreiro Mallón, B. (1988): "Agricultura e industria en Asturias en el siglo XVIII", en E. Fernández de Pinedo y J. L. Hernández Marco (eds.), *La industrialización del norte de España*, Barcelona, Crítica, pp. 37-53.
- Belfanti, C. M. y Marzio A. Romani (1994): "Sur la route: les migrations montagnardes vers la Plaine du Pô (XVIIe-XVIIIe siècles)", en A. Eiras Roel y O. Rey Castela (eds.), *Migraciones internas y medium-distance en Europa, 1500-1900*, Santiago de Compostela, vol. 1, pp. 609-615.
- Bielza, V.; Corral, J. L.; Escolano, S.; Laliena, C.; Sesma, A. y Ubieto, A. (1986): *Estudio histórico-geográfico del valle de Bielsa (Huesca)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Bleuca y Paúl, P. ([1792] 1987): *Descripción topográfica de la ciudad de Huesca y todo su partido en el Reino de Aragón*, Zaragoza, Guara.
- Braudel, F. ([1949] 1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, F.C.E.
- Cabo Alonso, Á. (1998): "Medio natural y trashumancia en la España peninsular", en F. Ruiz Martín y A. García Sanz (eds.), *Mesta, trashumancia y lana en la España moderna*, Barcelona, Crítica, pp. 11-41.
- Calvo Palacios, J. L. (1977): *Los Cameros. Región homogénea a Espacio-Plan*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- Carmona Badía, X. (1990): *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*, Barcelona, Ariel.
- Cavaillès, H. (1910): "Une fédération pyrénéenne sous l'ancien regime. Les traites de lies et de passeries", *Révue Historique*, nº 105, pp. 1-34 y 241-276.
- Cazzola, F. (1987): "La pluriatività nelle campagne italiane: alcuni problemi interpretativi", *Bolletino Bibliografico del Centro Studi per la Storia e Historia*, nº 38, pp. 877-913.
- Coppola, G. (1989): "La montagna alpina. Vocazioni originarie e trasformazioni funzionali", en P. Bevilacqua (ed.), *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea. I. Spazi e paesaggi*, Venecia, Marsilio, pp. 495-530.
- Costa, J. ([1902] 1981): *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, Zaragoza, Guara.
- Cuesta, J. M. (2001): *La despoblación del Sobrarbe. ¿Crisis demográfica o regulación?*, Zaragoza, Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales.

- Chassagne, S. (1981): "Industrialisation et desindustrialisation dans les campagnes françaises: quelques réflexions à partir du textile", *Revue du Nord*, nº 248, pp. 35-57.
- Daumas, M. (1976): *La vie rurale dans le Haut Aragon Oriental*, Madrid, CSIC.
- De Vries, J. (1990): *La economía de Europa en un periodo de crisis, 1600-1750*, Madrid, Cátedra.
- Dios, S. de; Infante, J.; Robledo, R. y Torijano, E. (coords.) (2002): *Historia de la Propiedad en España. Bienes comunales, pasado y presente*, Madrid, Centro de Estudios Registrales.
- Domínguez Martín, R. (1993): "Sociedad rural y campesinado en la Cantabria decimonónica", en M. Suárez Cortina, ed., *El perfil de "La Montaña". Economía, Sociedad y Política en la Cantabria contemporánea*, Santander, pp. 91-119.
- Domínguez Martín, R. (1995): "De reserva demográfica a reserva etnográfica: el declive de las economías de montaña en el área cantábrica", en J. L. Acín, y V. Pinilla, coords., *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?*, Zaragoza, pp. 35-54.
- Domínguez Martín, R. (1996): *El campesinado adaptativo. Campesinos y mercado en el Norte de España, 1750-1880*, Santander.
- Eiras Roel, A. (1994): "Migraciones internas y *medium-distance* en España en la Edad Moderna", en A. Eiras Roel y O. Rey Castelao (eds.), *Migraciones internas y medium-distance en Europa, 1500-1900*, Santiago de Compostela, vol. 2, pp. 61-96.
- Erdozáin, P. (2000): "Perspectivas demográficas de la sociedad rural en la década de los noventa", *Historia Agraria*, nº 22, pp. 57-77.
- Fairén Guillén, V. (1956): *Facerías internacionales pirenaicas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Fairén Guillén, V. (1961-1962): "Notas para el estudio de las facerías internacionales pirenaicas", *Pirineos*, nº 59-66, pp. 145-164.
- Fernández Clemente, E. (1986a): "Sobre la crisis de la ganadería española en la segunda mitad del siglo XVIII", *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 12, pp. 89-101.
- Fernández Clemente, E. (1986b): "La crisis de la ganadería aragonesa a fines del Antiguo Régimen: el caso de Cantavieja", *Teruel*, nº 75, pp. 95-140.
- Fernández Clemente, E. y Pérez Sarrión, G. (1985): "El siglo XVIII en Aragón: una economía dependiente", en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, Crítica, pp. 565-629.
- Fernández Otal, J. A. (1996): "Génesis y evolución de la Casa de Ganaderos de Zaragoza en la Edad Media", Seminario de Historia Económica de la Universidad de Zaragoza, inédito.
- Flinn, M. W. (1989): *El sistema demográfico europeo, 1500-1820*, Barcelona, Crítica.
- Fontaine, L. (1991): "Family cycles, peddling and society in upper Alpine valleys in the eighteenth century", en Woolf, ed. (1991), pp. 43-68.
- Fontaine, L. (1993): *Histoire du colportage en Europe, XVe-XIXe siècles*, Paris.

- Fontaine, L. (1999): "Redes de buhoneros (vendedores ambulantes) y desarrollo del consumo en Europa durante los siglos XVII y XVIII", en J. Torras y B. Yun (dirs.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Ávila, Junta de Castilla y León, pp. 311-321.
- Fontana, J. (1997): "Los campesinos en la historia: reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios", *Historia Social*, nº 28, pp. 3-11.
- Gallego Martínez, D.; Germán Zubero, L. y Pinilla Navarro, V. (1992): "Transformaciones económicas en el Valle del Ebro (1800-1936)", en J. M. Serrano, dir., *Estructuras económicas del Valle del Ebro*, Madrid, pp. 129-166.
- Gallego Martínez, D.; Germán Zubero, L. y Pinilla Navarro, V. (1993): "Crecimiento económico, especialización productiva y disparidades internas en el valle medio del Ebro, 1800-1935: un ensayo", *Cuadernos Aragoneses de Economía*, III, 2, 277-319.
- Gallego, D. (2001): "Sociedad, naturaleza y mercado: análisis regional de los condicionantes de la producción agraria española (1800-1936)", *Historia Agraria*, nº 24, pp. 11-57.
- García Fernández, J. (1975): *Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica*, Madrid.
- García Fernández, J. (1991): "Sobre la montaña como hecho geográfico", *Agricultura y Sociedad*, suplemento nº 2.
- García Ruiz, J. M. (1976): *Modos de vida y niveles de renta en el Prepirineo del Alto Aragón Occidental*, Jaca, CSIC.
- García Ruiz, J. M., (1990): "El viejo dilema: estabilidad e inestabilidad de los ecosistemas de montaña", en id. (1990), *Geoecología de las áreas de montaña*, Logroño, Geoforma, pp. 313-337.
- Garrier, G.; Goujon, P. y Rinaudo, Y. (1988): "Annexe: note d'orientation et de recherche", en G. Garrier y R. Hubscher (eds.), *Entre faucilles et marteaux. Pluriactivités et stratégies paysannes*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon / Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 233-237.
- GEHR (Grupo de Estudios de Historia Rural) (2002): "Propiedad y usos de los montes públicos en España (1855-1925)", en Dios, Infante, Robledo y Torijano (coords.), pp. 429-450.
- Generés, M. D. ([1793] 1996): *Reflexiones políticas y económicas sobre la población, agricultura, artes, fábricas y comercio del Reino de Aragón*, Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- Germán Zubero, L. (1996): "Acampes. El proceso de privatización de los pastos en Zaragoza (1699-1901)", *Agricultura y Sociedad*, nº 79, pp. 85-116.
- Gómez de Valenzuela, M. (2001): *La vida en el valle de Tena en el siglo XV*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- González Bernáldez, F. (1987): "Delimitación de las áreas de montaña", en *Estudios sobre la montaña. Actas de las Jornadas de Estudio sobre la montaña. Riaño, 1-4 noviembre de 1984*, León, URZ.

- González de Molina, M. (2000): "De la "cuestión agraria" a la "cuestión ambiental" en la historia agraria de los noventa", *Historia Agraria*, nº 22, pp. 19-36.
- González de Molina, M. y Martínez Alier, J. (eds.) (2001): *Naturaleza transformada*, Barcelona, Icaria.
- Grupo '75 (1977): *La economía del Antiguo Régimen. La "Renta Nacional" de la Corona de Castilla*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- Hufton, O. H. (1974): *The Poor in Eighteenth Century France, 1750-1789*, Oxford, Clarendon Press.
- Hufton, O. H. (1989): "Los horizontes del pueblo. Vida y muerte entre los más pobres", en A. Cobban (dir.), *Historia de las civilizaciones. 9. El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración*, Madrid, Alianza/Labor, pp. 367-423.
- Iriarte, I. (1995): *Privatización, particularización y gestión de los montes públicos. Navarra, 1855-1935*, tesis doctoral leída en la Universidad de Zaragoza.
- Iriarte, I. (2002): "Common lands in Spain, 1800-1995: Persistence, Change and Adaptation", *Rural History*, nº 13, pp. 19-37.
- Jarque Martínez, E. y Salas Ausens, J. A. (2000): "Mulas, campesinos y tratantes en el Antiguo Régimen. (La compraventa de ganado mular en el Alto Aragón a fines del siglo XVIII)", Seminario de Historia Económica de la Universidad de Zaragoza, inédito.
- Krüger, F. ([1939] 1995): *Los Altos Pirineos. I. Comarcas, casa y hacienda*, Zaragoza, D.G.A.
- Lanza García, R. (1988): *Población y familia campesina en el Antiguo Régimen. Liébana*, ss. XVI-XIX, Santander.
- Latorre Ciria, J. M. (1989): "La producción agraria en el obispado de Huesca (siglos XVI-XVIII)", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, nº 59-60, pp. 121-159.
- Le Roy Ladurie, E. (1975): "De la crise ultime á la vraie croissance (1660-1789)", en G. Duby y A. Wallon, dirs. (1975), *Histoire de la France rurale. 2. De 1340 à 1789*, Paris, Eds. du Seuil, pp. 343-596.
- Lucas, M. y Miralbes, M. R. (1952): "Una carta de paz entre los valles de Tena y Ossau (1646)", *Pirineos*, nº 24, pp. 253-295.
- Madurell Marimón, J. M. (1952): "Las fargas pirenaicas", *Pirineos*, nº 25, pp. 545-555.
- Mayaud, J.-L. (1988): "De l'étable à l'établi: permanence des adaptations dans la montagne jurassienne", en G. Garrier y R. Hubscher (eds.), *Entre faucilles et marteaux. Pluriactivités et stratégies paysannes*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon / Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 143-159.
- McNeill, J. R. (1992): *The mountains of the Mediterranean world. An environmental history*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Melón Jiménez, M. A.; Rodríguez Grajera, A. y Pérez Díaz, A. (coords.) (1999): *Extremadura y la trashumancia (siglos XVI-XX)*; Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- Miguel López, I. (1994): "El sector manufacturero aragonés en el censo de 1784", *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, nº 69-70, pp. 193-224.

- Miguel López, I. (1999): *Perspicaz mirada sobre la industria del reino. El censo de manufacturas de 1784*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Millán, J. (2000): "Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance", *Historia Agraria*, nº 22, pp. 97-110.
- Moreno Almárcegui, A. (1982): *La población del norte de Aragón en los siglos XVII y XVIII*, tesis doctoral, Universidad Central de Barcelona.
- Moreno Almárcegui, A. y Zabalza Seguí, A. (1999): *El origen histórico de un sistema de heredero único. El Prepirineo navarro, 1540-1739*, Madrid, Rialp.
- Moreno Fernández, J. R. (1994): *El monte público en La Rioja durante los siglos XVIII y XIX: aproximación a la desarticulación del régimen comunal*, Logroño, Gobierno de La Rioja.
- Moreno Fernández, J. R. (1997): "La propiedad de la tierra en la montaña riojana a mediados del siglo XVIII", *Brocar*, nº 21, pp. 199-226.
- Moreno Fernández, J. R. (1999a): *La economía de montaña en La Rioja, a mediados del siglo XVIII*, tesis doctoral, Universidad de Zaragoza.
- Moreno Fernández, J. R. (1999b): "La trashumancia en la montaña riojana durante el siglo XVIII: la propiedad y el reparto de beneficios de las cabañas", en Melón, Rodríguez y Pérez, coords. (1999), pp. 17-33.
- Moreno Fernández, J. R. (2001): "Las áreas rurales de montaña en la España del siglo XVIII: el caso de las sierras del sur de La Rioja", *Revista de Historia Económica*, XIX, nº extraordinario, pp. 61-83.
- Moreno Fernández, J. R. (2002): "La lógica del comunal de Castilla en la Edad Moderna: avances y retrocesos de la propiedad común", en S. De Dios, J. Infante, R. Robledo y E. Torrijano (coords.), *Historia de la Propiedad en España. Bienes comunales, pasado y presente*, Madrid, Centro de Estudios Registrales, pp. 139-177.
- Muset Pons, A. (1995): "Los arrieros y negociantes de Calaf y Copons y su implantación en el mercado español en el siglo XVIII", *Revista de Historia Industrial*, nº 8, pp. 193-208.
- Muset Pons, A. (1999): "Ferias y mercados al servicio del negocio catalán (siglo XVIII)", en J. Torras y B. Yun (dirs.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Ávila, Junta de Castilla y León, pp. 323-334.
- Naredo, J. M. (2001): "La modernización de la agricultura española y sus repercusiones ecológicas", en M. González de Molina y J. Martínez Alier (eds.), *Naturaleza transformada*, Barcelona, Icaria, pp. 55-86.
- Ortega Valcárcel, J. (1974): *La transformación de un espacio rural: las montañas de Burgos*, Valladolid.
- Pallaruelo, S. (1988): *Pastores del Pirineo*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- Pallaruelo, S. (1992): *Las navatas. (El transporte de troncos por los ríos del Alto Aragón)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- Pallaruelo, S. (1994): *Los molinos del Altoaragón*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.

- Peiró Arroyo, A. (2000): *Tiempo de industria. Las Tierras Altas turolenses, de la riqueza a la despoblación*, Zaragoza, Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales.
- Pérez Romero, E. (1995): *Patrimonios comunales, ganadería trashumante y sociedad en la Tierra de Soria. Siglos XVIII-XIX*, Salamanca, Junta de Castilla y León.
- Pérez Romero, E. (1996): "Trashumancia y pastos de agostadero en las sierras sorianas durante el siglo XVIII", *Revista de Historia Económica*, año XIV, nº 1, pp. 91-124.
- Pérez Romero, E. (1999): "La trashumancia desde las sierras sorianas: la hegemonía de las grandes cabañas", en Melón, Rodríguez y Pérez, coords. (1999), pp. 35-53.
- Pérez Sarrión, G. (1999): *Aragón en el Setecientos*, Lleida, Milenio.
- Pinilla Navarro, V. (1995a): *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid, M.A.P.A.
- Pinilla Navarro, V. (1995b): "Crisis, declive y adaptación de las economías de montaña: una interpretación sobre la despoblación en Aragón", en J. L. Acín, y V. Pinilla (coords.), *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?*, Zaragoza, Rolde, pp. 55-78.
- Poitrineau, A. (1994): "Déplacements professionnels. Les migrations des montagnards", en A. Eiras Roel y O. Rey Castelao (eds.), *Migraciones internas y medium-distance en Europa, 1500-1900*, Santiago de Compostela, vol. 1, pp. 205-224.
- Pujol, J. y Fernández Prieto, L. (2001): "El cambio tecnológico en la historia agraria de la España contemporánea", *Historia Agraria*, nº 24, pp. 59-86.
- Pujol, J.; González de Molina, M.; Fernández Prieto, L.; Gallego, D. y Garrabou, R. (2001): *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- Ringrose, D. R. (1987): *Imperio y Península. Ensayos sobre historia económica de España (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Siglo XXI.
- Rubio Pérez, L. M. (1995): *La burguesía maragata. Dimensión social, comercio y capital en la Corona de Castilla durante la Edad Moderna*, León, Universidad de León.
- Sabio Alcutén, A. (1997): *El bosque no se improvisa*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca.
- Salas Ausens, J. A. (1981): *La población de Barbastro en los siglos XVI y XVII*, Zaragoza, institución Fernando el Católico.
- Salas Ausens, J. A. (1991): "La evolución demográfica aragonesa en los siglos XVI y XVII", en J. Nadal (coord.), *Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica. 3. La evolución demográfica bajo los Austrias*, Alicante, Juan Gil-Albert, pp. 169-179.
- Sarasúa, C. (1994): "Las migraciones temporales en una economía de minifundio: los Montes del Pas, 1758-1888", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, nº, 2-3, pp. 165-179.
- Vassberg, D. E. (1986): *Tierra y sociedad en Castilla. Señores, "poderosos" y campesinos en la España del siglo XVI*, Barcelona, Crítica.

- Vassberg, D. E. (1996): *The Village and the Outside World in Golden Age Castille. Mobility and migration in everyday rural life*, Cambridge, C.U.P.
- Viers, G. (1973): *Los Pirineos*, Madrid, Oikos-Tau.
- Vilar, P. (1987): *Cataluña en la España moderna. 1. Introducción. El medio natural y el medio histórico*, Barcelona, Crítica.
- Violant i Simorra, R. ([1949] 1997): *El Pirineo español. Vidas, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*, Barcelona, Alta Fulla.
- Woolf, S. (1989): *Los pobres en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica.
- Woolf, S., ed. (1991): *Domestic strategies: work and family in France and Italy. 1600-1800*, Cambridge, Maison des Sciences de l'Homme/Cambridge University Press.
- Yun Casalilla, B. (1987): *Sobre la transición al capitalismo en Castilla. Economía y sociedad en Tierra de Campos (1500-1830)*, Salamanca, Junta de Castilla y León.